

4 lo ofrecido ántes de entrar en combate. Encendida la conversacion, agriados los ánimos, prorumpió despechado D. Hernando: "Quien no me quiera seguir no me siga; las mujeres en Castilla han parido y paren soldados."—"Paren soldados, replicó enojado Avila, más tambien capitanes y gobernadores." (1) No obstante la resistencia de la tropa, faltando á su promesa é imponiendo su voluntad, Cortés hizo volver armas, caballos y ropas, dando en cambio á los desposeídos algunos regalos y muy pomposas ofertas.

Cempoalla pagaba con usura los gastos de la guerra. El cacique estaba herido; las casas robadas y destruidas; la peste de viruelas habia prendido con asombrosa rapidéz causando espantosos estragos; morían en cantidad por no saber remedios propios, como porque sintiendo la calentura y ardores acudían á bañarse para mitigar el sufrimiento, así perecieron infinitos, ausentándose muchos por huir de la guerra. "Eran tantos los muertos, que como no los enterraban, el hedor corrompió el aire y se temió de gran pestilencia." Faltaron con esto las mujeres para hacer el pan, los hombres para traer los bastimentos, con lo cual se hacía sentir la escasez de víveres. No obstante aquella ruina, los cempoalteca y sus señores se presentaron al general con guirnaldas de flores dándole el parabien por la victoria, en cambio de lo cual recibieron abrazos y algunas cosillas de Castilla. El cacique gordo hizo pintar en un paño el desbarate de Narvaez, enviándole á Motecuhzoma con ciertos emisarios. Un castellano marchó tambien á México para dar la nueva á Pedro de Alvarado. El cacique gordo ofreció su palacio á Cortés para aposentarse; pero el general prefirió, por ser fuerte, la casa de aquella señora principal que le habían dado, cuando su primera entrada en Cempoalla, llamada en el bautismo Doña Catalina, y ahí se alojó, y ella le regalaba mucho. (2)

Aquellas tropas eran suficientes para extender la conquista y emprender nuevos descubrimientos. Al efecto, salió Juan Velázquez de Leon para la provincia de Pánuco, entendiéndose el intento de disputar el país á Francisco de Garay; debía llevar dos barcos con objeto de ejecutar el reconocimiento de la costa del rio Pánuco en adelante. Diego de Ordaz con otros doscientos soldados salió para

(1) Bernal Diaz, cap. CXIV.

(2) Herrera, déc II, lib. X, cap. IV.—Cartas de Relac. pág. 130.—Bernal Díaz, cap. CXXIV.

## CAPITULO IX.

### MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMATZIN.

*Dificultades.—Cambio inesperado de fortuna.—Insurreccion de México.—Disposiciones de Cortés.—Marcha á Tlaxcala.—Llegada á Texcoco.—Entrada en Tenochtitlan.—Causa del alboroto.—La fiesta del mes Toxcatl.—Matanza en el teocalli mayor.—Conducta de Alvarado.—Reflexiones.*

II tecpatl 1520. Los modales cortesés del general, sus artificiosas promesas y los regalos de tejuelos de oro, fueron allanando poco á poco los obstáculos que áun quedaban, restableciéndose por fin la concordia en el campamento. Sobrevino la mayor dificultad, de que declarada guerra franca por Narvaez, los vencedores se habían apoderado de las armas, los caballos y las ropas de los vencidos; éstos reclamaban su propiedad y Cortés para contentarlos habia ordenado devolver el todo. Resistieronlo resueltamente los soldados, y el atrevido capitan Alonso de Avila en compañía de Fr. Bartolomé de Olmedo, representaron enérgicamente al general contra lo que juzgaban una medida inconducente, injusta y contraria

fundar la malograda colonia en el Coatzacoalco; deberían seguirle dos naos, las cuales irían á la Jamaica por caballos, becerros, puercos y ovejas, para introducir aquellas crias en la tierra. Rodrigo Rangel, tambien con doscientos soldados, permanecería de guarnicion en la Villa Rica, al cuidado del resto de las naves, vigilando si apareciesen dos naos que se esperaban aún de parte de Velázquez. (1)

Sonriente estaba la fortuna con D. Hernando; mas "digamos como la adversa fortuna vuelve de presto su rueda, que á grandes bonanzas y placeres siguen las tristezas." En efecto, todo había sido felicidad hasta entónces: debían de seguirse dias infaustos. Inesperadamente llegaron al campamento dos tlaxcalteca; no traían carta ninguna, mas de palabra dijeron, que los méxica se habían insurreccionado y combatían porfiadamente el cuartel de los blancos. Dos tlaxcalteca más llegaron luego con carta ya de Pedro de Alvarado, comunicando al general la negra noticia. El mensajero castellano enviado á México tornó á los doce dias de ido, con informes escritos del capitán Tonatiuh; los méxica tomando las armas habían combatido fuertemente el cuartel é incendiádole por varias partes, poniendo en grave aprieto á la guarnicion; quedaban muertos siete hombres, muchos heridos, y "todavía los mataran si Motecuhzoma no mandara cesar la guerra;" pero aunque ésta había cesado, la guarnicion permanecía sitiada sin poder dar paso fuera de la fortaleza: quemados los cuatro bergantines, perdidos en su mayor parte los acopiados víveres, los españoles estaban en el mayor apuro y pedían pronto socorro. Estas noticias llegaban hacia el primer tercio de Junio, y cuando Cortés se disponía á marchar para el interior se le presentaron cuatro nobles de parte de Motecuhzoma, quienes llorando le refrieron como el Tonatiuh había salido de sus aposentos, y sin causa había matado á los que estaban bailando y haciendo fiesta á los dioses en el templo mayor, no obstante que para ello les había dado licencia; los méxica por defenderse habían comenzado el combate. Cortés oyó las que creía disculpas de los embajadores, respondiéndoles desabridamente, iría á México y pondría remedio en todo. (2) Se comprende á D. Hernando, preo-

(1) Bernal Díaz, cap. CXXIV.—Cartas de Relac. pág. 130.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXIV.—Cartas de Relac. pág. 131.

cupado como estaba contra Motecuhzoma por la conducta observada con Narvaez, teniale por pérfido, fuera de despreciarle como á bárbaro; más crédito daba al expoliador Tonatiuh, que al maltratado monarca.

Urgente era socorrer á México, no sólo para salvar la guarnicion, sino para retener cautivos á los señores ahí presos, y sobre todo para no perder el gran tesoro reunido con tanto afán. Con la presteza con que el general sabía gobernarse tomó sus disposiciones; dejó en Cempoalla la riqueza quitada á Narvaez ó adquirida entónces por dádivas de los pueblos comarcanos; envió presos á la Villa Rica á Narvaez y á Salvatierra dejando en la misma Puebla á los enfermos ó heridos para ser curados; despachó emisarios á los capitanes Velázquez y Ordaz, ordenándoles dejar la jornada, y retroceder luego para ir á incorporársele á Tlaxcalla; con promesas y dádivas logró le siguiesen la mayor parte de los de Narvaez, é inmediatamente puesto al frente de setenta jinetes salió sobre Tenochitlan. (1)

Todo el ejército tomó la direccion de Tlaxcalla, siguiendo el camino recorrido cuando la primera entrada; movióse por fracciones; pues unido hubiera sido imposible á la sazón encontrar víveres. La peste de viruelas se internaba lentamente, extendiéndose en todas direcciones, con muerte de gran número de los habitantes, dejando yermos los campos y sin cultivo las sementeras. (2) Para remediar el daño se adelantaron para la capital de la señoría Juan Márquez y Alonso de Ojeda, á quienes se les suministraron abundantes bastimentos. Ojeda por su lado salió con mil doscientos tamene cargados con agua, gallinas, pan y frutas, sirviendo de mucho aquella provision, pues de otra manera hubiera perecido gran número de

(1) Cartas de Relac, pág. 131.—Bernal Díaz, cap. CXXV.

(2) Las víctimas sacrificadas por esta primera invasion de la viruela fué en cantidad espantosa. Segun un cronista, á quien podemos llamar contemporáneo: "Hirió Dios y castigó esta tierra, y á los que en ella se hallaron, así naturales como extranjeros con diez plagas trabajosas."—"La primera fué de viruelas, y comenzó de esta manera. Siendo capitán y gobernador Hernando Cortés, al tiempo que el capitán Pánfilo de Narvaez desembarcó en esta tierra, en uno de sus navios vino un negro herido de viruelas, la cual enfermedad nunca en esta tierra se había visto, y á esta sazón estaba esta nueva España en extremo muy llena de gente; y como las viruelas comenzaron á pegar á los indios, fué entre ellos tan grande enfermedad y pestilencia en toda la tierra, que en las más provincias murió más de la mitad de la gente y en otras poco ménos; porque como los indios no sabían el remedio para las viruelas, ántes

soldados, sobre todo en la parte llamada el despoblado. Cortés entró en Tlaxcala el diez y siete de Junio: recibido con la más franca y cordial amistad, se le aposentó en el palacio de su antiguo partidario Maxixcatzin. (1)

Los señores de la República informaron largamente al general acerca de lo acontecido en México; la guarnición no había perecido, aunque carecía de agua y bastimentos. Es natural admitir, supuesto el encono de entrambas tribus, demostrando en muchas ocasiones anteriores, que los tlaxcaltecas cargarían la mano sobre los méxica, achacando á traición de éstos el principio de la guerra.

Reunidas todas las partidas, que fueron llegando sucesivamente, se hizo alarde de la gente: se contaron "sobre mil y trescientos soldados, así de los nuestros como de los de Narvaez, y sobre noventa y seis caballos y ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros; (2) seguiales bastante artillería. Deben también enumerarse de 2 á 4 mil guerreros que la República les dió por auxiliares. De Tlaxcalla tomó el ejército por el camino de Calpulalpan; en el tránsito se adelantó Fr. Bartolomé de Olmedo, encargado por el general de ir á México para significar á Motecuhzoma la proximidad de su persona y lo mucho que sentía hubiesen sido maltratados los castellanos dejados bajo su salvaguardia. Ningun enviado del emperador se presentó durante las marchas, como ántes solía; la tierra estaba sola, y

como tienen muy de costumbre, sanos y enfermos el bañarse á menudo, y como no lo dejasen de hacer, morían como chinches, á montones. Murieron también muchos de hambre, porque como todos enfermaron de golpe, no se podían curar los unos á los otros, ni había quien les diese pan ni otra cosa ninguna. Y en muchas partes aconteció morir todos los de una casa, y porque no podían enterrar tantos como morían, para remediar el mal olor que salía de los cuerpos muertos, echábanles las casas encima de manera que su casa era su sepultura. A esta enfermedad llamaron los indios la gran lepra, porque eran tantas las viruelas, que se cubrían de tal manera que parecían leprosos, y hoy día en algunas personas que escaparon parece bien por las señales, que todos quedaron llenos de hoyos." Motolinía, Hist. de los Indios, Trat. 1.º cap. I.—Véase la errada opinión de Herrera, déc. II, lib. X, cap. IV.

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap. VII. Por error manifesto de pluma se lee en el original diez y siete de Julio.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXV. En materia de estos números imposible hallar concordancia ni aun entre los testigos de vista. Cortés pág. 131, rebajando siempre las cifras, sólo pone "setenta de caballos y quinientos peones." Herrera, déc. II, libro X, cap. VII, fundado en las relaciones de Ojeda escribe "mil peones y cien caballos."

D. Hernando temía que la gente estuviera recogida en algun punto para darle batalla.

Sin acontecimiento particular entraron en Texcoco á las nueve de la mañana; la ciudad estaba poco ménos que desierta, ninguna manifestación hicieron los habitantes para recibir á los teules y ninguno de los nobles se presentó á cumplimentarlos: Cuicuitzcatzin, hechura de los blancos, desde su nombramiento permanecía detenido en el cuartel castellano. El general supo de los naturales que los españoles vivían aún; pidió una canoa para enviar un mensajero por el lago; mas cuando estaba ya casi lista para la marcha, vieron venir por las aguas una gran canoa con copia de remeros, en la cual venían Santa Clara y Pedro Hernández, quienes dieron larga cuenta acerca de lo acontecido. Con aquellos castellanos "me envió "el dicho Muteuczuma un mensajero suyo, en que me decía, que "ya creía que debía saber lo que en aquella ciudad había acaecido; "y que él tenía pensamiento, que por ello yo venía enojado, y traía "voluntad de hacerle algun daño, que me rogaba perdiese el enojo, "porque á él le había pesado tanto cuanto á mí, y que ninguna cosa se había hecho por su voluntad y consentimiento; y me envió á "decir otras muchas cosas, para me aplacar la ira, que él creía que "yo traía por lo acaecido, y que me fuese á la ciudad á aposentar, "como ántes estaba, porque no ménos se haría en ella lo que yo "mandase, que ántes se solía hacer. Yo le envié á decir, que no "traía enojo ninguno de él porque bien sabía su buena voluntad, y "así como él lo decía lo haría yo." (1) Motecuhzoma sentía el temor de quien se cree culpado; D. Hernando disimulaba como siempre.

El ejército dejó á Texcoco el 23 de Junio, y rodeando las orillas boreales del lago pernoctó en el campo á tres leguas de la entrada de Tenochtitlan. Al siguiente día, domingo veinticuatro de Junio, puestos en marcha, vieron en el camino un indio vestido y ahorcado; dieron en una placeta con un gran montón de pan, con más de quinientas gallinas, sin persona que de aquello cuidase ó le ofreciese: tuvieronle á mal agüero. Llegados á Tepeyac, se metieron por la calzada que por aquel rumbo iba á rematar al Tlatelolco; al pasar un puente, el caballo de Solís Casquete metió una pierna por

(1) Cartas de Relac. pág. 133.

entre la abertura de dos vigas, se la quebró y se derribó, arrojando el jinete al agua: toda la gente lo tuvo por mala señal, principalmente el astrólogo Botello. Sería medio día, cuando penetraron en Tenochtitlan; desiertas y silenciosas estaban las calles, si algún vecino asomaba la cabeza, los veía desfilan sin mover los labios y aún hacía gestos de amenaza; muchas puentes estaban quitadas, presagiando todo una sorda agitación. "Llegaron al alojamiento, estaban las puertas cerradas: llamaron para que abriesen: subió Pedro de Alvarado en el muro, dijo, que quién llamaba? Respondió Cortés, que él era. Dijo si venía con la libertad que salió de allí, y con el señorío que tenía sobre ellos. Respondió Cortés, que sí y con victoria y mayores fuerzas. Mandóle abrir, besóle las manos entregándole las llaves." (1)

Viéronse los soldados con muestras del mayor regocijo, contáronse unos á otros lo que respectivamente les había acontecido, á éstos en México á aquellos en Cempoalla, felicitándose todos por haber terminado las penas, debiéndose seguir los antiguos días de prosperidad. Siendo muy numerosa la fuerza, contando los aliados, parte quedó alojada en el cuartel ó palacio de Axayacatl, yendo el resto á aposentarse en las casas del vecino templo de Tezcatlipoca, (el situado en donde fué el arzobispado). Al penetrar en el patio, Motecuhzoma salió al encuentro de Cortés para saludarle y abrazarle, mas "como venía victorioso, no le quiso oír; y el Montezuma se entró en su aposento muy triste y pensativo." Fr. Bartolomé de Olmedo fué á visitar al despreciado monarca, quien le preguntó si el Malinche estaba enojado; el religioso contestó, que no, sino que venía muy cansado y por eso no le saludaba. "Y con mucho placer estuvimos aquel día y noche, creyendo que ya todo estaba pacífico." (2)

Tornemos un poco atrás, para decir cuál había sido la causa del alboroto de los méxica. Antes de que Cortés dejara la ciudad para ir contra Pánfilo de Narvaez, pidióle licencia Motecuhzoma para celebrar la fiesta llamada Toxcatl, que de ahí á algunos días caía; távolo por bien, respondiendo: "hiciesen lo que quisiesen, pues estaban en su patria, y se holgasen, que él también se holgaba mu-

(1) Herrera, déc. II. lib. X, cap. VIII.

(2) Cartas de Relac. pág. 133.—Bernal Díaz, cap. CXXV.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. VIII.

"cho. (1) Cortés se ausentó, según nuestro cómputo, en principio de Mayo, y la fiesta, á la cuenta que del calendario azteca formamos, cayó aquel año bisiesto en el día *matlactli miquiztli*, primero del mes Toxcatl, el cual concurrió con el diez del propio mes de Mayo. (2) Próxima la festividad, Motecuhzoma pidió de nuevo la licencia á Pedro de Alvarado, quien la otorgó también: alentados los méxica con aquellos permisos, algunos nobles se presentaron á rogar al capitán Tonatiuh les concediese colocar la imagen de Huitzilopochtli en la capilla del teocalli, de donde había sido quitada para colocar á Nuestra Señora; rechazó con enojo semejante pretensión, despidiendo desairados á los mensajeros, á lo cual respondieron éstos, "que pues le pesaba é no era contento, que no le subirían." (3)

Recuérdese que Pedro de Alvarado no era muy simpático á Motecuhzoma, aquel pagaba en la misma moneda á éste. De aquí el mal trato dado al emperador por el capitán Tonatiuh, á quien se le oía exclamar con frecuencia: "pese á tal con este perro de Motunzuma que ya no me dá nada como solía." (4)

Sea recelo rencoroso del capitán contra los indios; atribúyase á que los tlaxcalteca estaban contrariados porque la fiesta fuese celebrada con tranquilidad, cuando en ella eran sacrificados algunos de sus compatriotas; sea esto, reunido al deseo bastardo de vengarse de sus enemigos y aprovecharse de sus despojos, lo que aparece como más verdadero es, que los tlaxcalteca dijeron al Tonatiuh, que bajo pretexto de la festividad, los méxica pretendían alzarse, dando muerte á los teules. Dióles crédito el predispuesto Alvarado, "porque tan buenos filos y pensamientos tenía como ellos, y más viéndolo allí, en aquella fiesta habían acudido todos los señores y "cabezas del imperio, y que muertos no tenían mucho trabajo en

(1) Ixtlilxochitl, relac. 13, pág. 6.—Resid. de Cortés; Bernardino Vázquez de Tapia, tom. 1, pág. 41.

(2) Ixtlilxochitl, loco cit. pág. 6, fija para la fiesta el diez y nueve de Mayo.—El Sr. D. Fernando Ramírez, Proceso de Alvarado, pág. 283, nota, se decide por el diez y seis. No nos daña lo dicho en el Proceso, pág. 94. § XX, asegurando que la ciudad se sostuvo por los castellanos, "treinta é cinco ó quarenta días."

(3) Así Ixtlilxochitl en la relación 13.ª pág. 6.—El P. Sahagun, lib. XII, cap. XIX, avanza todavía más; que el mismo Alvarado excitó á Motecuhzoma y á los méxica á fin de celebrar aquella malhadada festividad.

(4) Proceso de Alvarado, Bernardino Vázquez de Tapia, pág. 36.